

---

**COMERSE A UN PARIENTE Y OTROS CUENTOS DE  
TRICKSTERS ANIMALES DE LOS KONO DE GUINEA-  
CONAKRY: TIPOS Y PARALELOS<sup>1</sup>**

---

CRUZ CARRASCOSA PALOMERA

UNIVERSITÀ "G. D'ANNUNZIO" DI CHIETI-PESCARA

cruz\_carrascosa@hotmail.com

No nos asombrará, mientras damos una vuelta por cualquier librería, toparnos con libros que lleven títulos y etiquetas tales como: “narraciones populares africanas”, “leyendas y mitos africanos”, o enunciados similares. Estos títulos tan sugestivos suelen despertar la curiosidad del que los encuentra, sea el lector más inocente o el que, de alguna manera, está algo más familiarizado con este tipo de lecturas. En un primer momento, ambos se plantean las mismas cuestiones: ¿De dónde vendrán? ¿Quién los contará?

La mayoría de las veces estos títulos seducen al lector, que, ante la idea de sumergirse en un mundo auténtico, *original* y exótico no puede renunciar a su atracción. Pero, mientras este tipo de publicaciones de lectura ligera y amena prolifera, ¿cuántas de estas colecciones son realmente originales?

Porque no son tan frecuentes los títulos en los que es realmente la voz del pueblo la que habla. Encontramos textos de autor, reescrituras artificiales, combinaciones de relatos de ignota procedencia, refritos de ínfima calidad, etcétera. En definitiva, gran número de ellos resultan no ser *populares* (acaso solo popularizantes) ni tener un origen claro, bien distinguido en el gran crisol que conforma lo *africano*.

Los siete cuentos de animales cuya traducción presento al final de este artículo forman parte de la colección de Bohumil Théophile Holas que lleva el título de *Contes Kono. Traditions populaires de la forêt Guinéenne*, colección que fue publicada en París por la casa editorial G.P.

---

<sup>1</sup> Agradezco a mi profesor, José Manuel Pedrosa, el trabajo de dirección y revisión de este artículo.

Maisonneuve et Larose en 1975. Aquella edición era una reedición, ampliada sustancialmente, del trabajo que había aparecido en 1952 bajo el título de *Échatillons de folklore kono*, de la serie del Instituto francés del África negra en Guinea-Conakry.

B. T. Holas, gran conocedor de los pueblos que habitan la Alta Guinea, dedicó sus estudios a diferentes aspectos del arte tradicional de diferentes grupos culturales. Las versiones de la colección arriba citada fueron recogidas por Holas durante los primeros años de la década de los '50 y, en un segundo momento, en los inicios de los años '70 del siglo pasado. Las registró entre los habitantes de los cuatro cantones *kono* de la región de Nzérékoré, en el vértice más meridional de Guinea-Conakry, cerca de las fronteras de Liberia y Costa de Marfil, mientras realizaba su tesis doctoral *Le Culte de Zié: éléments de la religion Kono (Haute Guinée Française)*. Los etnotextos que recogió, de gran calidad etnográfica y, por tanto, valiosísimos para los estudiosos del folclore, han sido traducidos del francés por Milena Righetti y por mí mismo con el ánimo de compartir con el lector español una pequeñísima parte de este increíble repertorio oral.

Hay que advertir que a lo que nos vamos a enfrentar es a una pálida representación de lo que debieron ser los cuentos en su lengua original *kono*, antes de que fueran traducidos al francés, y del francés al español, y de que quedaran petrificados en una transcripción escrita, sin duda infiel al complejísimo acto de la *performance* oral que, rodeada de gestos, punteada por gritos, exclamaciones, entonaciones, modulaciones de todo tipo de la voz, era ejecutada por la noche, antes de la hora de ir a dormir.

Es seguro que para evocar a los animales de estos cuentos y para describir las asombrosas peripecias en las que se veían envueltos, los narradores de estos relatos debieron utilizar toda una serie de códigos gestuales y onomatopeyas que servirían para marcar la narración y llamar la atención del público que las escuchaba. Aunque hay que tener en cuenta también que, como señala Isidore Okpewho en *African Oral Literatura*, no todos los narradores son iguales. Establece Okpewho dos niveles de aprendizaje narrativo: el *formal*, en el que tras un periodo de aprendizaje y una preparación específica, una persona será reconocida como un narrador experto por su sociedad; y el *informal*, en el que una persona aprende por la continua observación e imita, a veces inconscientemente, las técnicas narrativas y la gestualidad de un narrador experto. La repetición continua de las narraciones hace que éstas queden impresas en la memoria de los oyentes. Según Okpewho, este último tipo

de aprendizaje es el más común para algunos géneros, entre ellos la cuentística.

Así, resulta que todos los individuos de un grupo son capaces de imitar una narración concreta, aunque no todos sean expertos narradores. Esto justificaría también que algunas versiones sean sensiblemente más breves o menos ricas de motivos que otras, puesto que no todos los individuos del grupo dominan de igual modo el lenguaje narrativo.

Los cuentos que presentamos en este artículo están protagonizados por un personaje astuto, tramposo, burlador, que intenta por todos los medios engañar a los demás animales. Este tipo de cuento monopolizado por la figura de un animal tramposo, burlón, embaucador (suele recibir el nombre inglés, pero muy acuñado, de *trickster*) conforma la tipología más estable y abundante del género de los cuentos de animales.

En estas narraciones, como en la mayoría de las que conforman este género, encontramos un principio estructural básico: la relación de oposición que se establece entre un animal pequeño, pero astuto, y otro mayor físicamente, pero de inteligencia inferior.

Cada animal cumple un rol muy preciso en la tradición folclórica. Los animales de estos cuentos son un reflejo de la sociedad *kono*. Su función es la de enseñar y recordar, no solo a los más pequeños, sino también a los mayores, los valores de la comunidad. Es evidente que los animales pequeños son normalmente privilegiados para el papel de *trickster*, y que los grandes son candidatos ideales para ejercer de incautos, torpes y necios.

También es cierto que la elección del burlador animal depende, más o menos, de factores culturales y geográficos. Mientras que, por ejemplo, en la tradición europea, el zorro representa la astucia, en los cuentos de animales de los *kono*, igual que sucede en gran parte de la geografía al sur del Sahara, destacan tres grandes tipos de burladores o *tricksters*: la liebre, la tortuga y la araña. Así, podemos afirmar que la figura del *trickster* no es invariable, es decir, que en la cuentística de un grupo o de una zona geográfica puede darse que un animal cumpla la función de *trickster* primario, lo cual no excluye que bajo esta función aparezcan otros personajes como *tricksters* secundarios.

La araña, que entre los *kono* es un personaje cómico y ridículo, que con frecuencia sale mal parado, juega el papel de *trickster* primario en los relatos de las costas y las zonas forestales guineanas del África occidental (Liberia, Sierra Leona, Costa Marfil, Ghana,...), entre grupos tan diversos como los *kwa*, *akan*, *mandé-bambara*, *mossi*, *haussa* y *yoruba*; y

también en la región del Alto Nilo. La fama de su astucia se ha extendido hasta otras tradiciones afrocaribeñas: al sur de Carolina, donde se llama *Aunt Nancy*, obviamente una corrupción de su nombre *twi*, *Ananse*, y a las Antillas inglesas (Jamaica), donde conserva su nombre originario.

La oposición o competición entre animales pequeños (astutos) y fuertes (estúpidos) se mantiene de manera muy estable en la inmensa mayoría de los cuentos, de modo que casi siempre triunfa la astucia sobre la fuerza bruta. Aunque no en todas las aventuras el tramposo sale vencedor. De hecho, el huérfano, *orphelin*, habitual compañero de aventuras de la araña, consigue siempre burlarla.

En el imaginario *kono*, la liebre asume el rol de personaje astuto, calculador e inventivo. En una palabra, es una figura malvada. En el polo complementario, el lugar asignado a la ponderación, a la sabiduría y al razonamiento sólido lo cumple la tortuga.

Como antagonistas encontramos al leopardo y a la pantera, quienes representan la fuerza y la voracidad; y también al elefante, colérico y estúpido.

Es posible apreciar una gran estabilidad en la caracterización y en los roles de muchos de los personajes que pueblan estos relatos *kono*, sobre todo si los comparamos con los de otros grupos culturales. Por supuesto, no se pretende, en el espacio que ocupa este brevísimo artículo, realizar un análisis minucioso de los elementos narrativos que están en el trasfondo de todos y cada uno de ellos. Pero sí es importante advertir que estas narraciones, propias del imaginario cultural de este pueblo, encuentran sorprendentes paralelos en realidades culturales muy distantes y diferentes de la *kono*.

Hasta hoy, son pocas las investigaciones que proponen clasificaciones tipológicas sistemáticas sobre las narraciones orales del África subsahariana. Algunos de estos catálogos tipológicos han sido presentados como tesis doctorales. May A. Klipple, de la Universidad de Indiana, publicaba en 1938 un trabajo en que comparaba varios centenares de relatos del África subsahariana con paralelos europeos y asiáticos; Kenneth W. Clarke, de la misma universidad, presentaba en 1957 un índice de motivos de narraciones orales del África occidental; en 1966 E. Ojo Arewa leyó su tesis *A Classification of Folktales of the Northern East African Cattle Area by Types* en la Universidad de California; y un año después (en 1967), también en California, Winifred Lambrecht terminaba su estudio, *A Tale Type Index for Central Africa*.

En cualquier caso, todos estos intentos de clasificación y otros muchos que se han intentado acometer no son suficientes, y será necesario aún un inmenso esfuerzo para aclarar muchos problemas de catalogación, tan susceptibles siempre de controversia en los ambientes académicos. Solo un índice de tipos y de motivos narrativos africanos muy ambicioso, profundo y detallado, nacido de la colaboración y coordinación entre muchos investigadores (y posiblemente entre varias generaciones de investigadores), podrá dar respuestas que estén a la altura del material narrativo documentado.

En cualquier caso, y a pesar de los factores que dificultan la clasificación, es imposible negar las impresionantes afinidades temáticas que salen a la luz entre los cuentos propuestos en este artículo y los de otras realidades socioculturales enormemente lejanas en el espacio, más allá de las fronteras del continente.

Al puñado de cuentos *kono* cuya traducción al español presento en esta ocasión es posible encontrarle paralelos en el apartado “Animal Tales” del gran catálogo internacional de tipos cuentísticos, *The Types of International Folktales* de Antti Aarne, Stith Thompson y Hans-Jörg Uther.

**El cuento número 1** (*La araña y el huérfano, pescadores*) coincide esencialmente con el tipo 9, “*El socio injusto*”, en que dos animales se asocian para realizar una actividad juntos, que acaba en engaño a la hora de repartir los beneficios conseguidos como fruto de la asociación.

En el catálogo de Aarne-Thompson-Uther, este tipo viene descrito como una asociación de trabajo genuinamente agrícola. En el cuento *kono* la araña y el huérfano se unen para pescar y no para desarrollar ninguna faena agrícola, pero el tema y el desarrollo son sustancialmente similares. Encontramos otras narraciones análogas, en las que dos animales se asocian para pescar y posteriormente uno intenta apropiarse engañosamente del resultado de la pesca. A continuación reproduzco una versión de este tipo narrativo según ha sido documentado entre los *wolof* de Senegal. Este cuento, de carácter etiológico, explica el origen de las rayas sobre el lomo de la hiena:

Un día una liebre de nombre *Lëk* y la hiena, de nombre *Buki*, fueron juntos a pescar.

Ambos fueron muy afortunados, y la hiena propuso ahumar el pescado para poderlo conservar mejor, y dijo a *Lëk* que se quedara allí, mientras iba a la otra orilla del río. Cogió su parte y atravesó el río.

Cuando llegó la noche, *Buki* gritó a la liebre que no se quedara dormida, porque en ese caso los ladrones robarían el pescado. La liebre no respondió, pero, por si acaso, cogió un pincho de hierro todavía caliente entre los brazos y fue a dormir.

Durante la noche la hiena llamó a *Lëk* un par de veces y, aunque la liebre estaba despierta, no respondió. *Buki* pensó que la liebre estaba durmiendo, y en silencio cruzó el río. Se acercó al pescado del compañero, cogió uno y lo devoró. *Lëk* permaneció en silencio.

La hiena cogió otro pescado, pero la liebre se levantó, cogió el pincho incandescente y golpeó al ladrón en el lomo. *Buki* echó a correr rápidamente sin decir nada. Poco después llamó a *Lëk* y le preguntó si había venido algún ladrón. La liebre respondió que sí, pero que le había pegado. Entonces, *Buki* preguntó con qué le había pegado, ya que había escuchado golpes. La liebre respondió que con un pincho ardiendo...

Desde aquella noche la hiena tiene rayas rojizas en el dorso<sup>2</sup>.

**El cuento número 3** (*El elefante montura de la liebre*) es una variante de los tipos 4 y 72 del catálogo de Aarne-Thompson-Uther, en que el *trickster* monta al animal incauto. Este tipo narrativo se halla muy extendido por los cinco continentes<sup>3</sup>. En el cuento *kono* la liebre cabalga sobre el confiado elefante para hacerse proclamar rey de los animales. En

---

<sup>2</sup> “La liebre y la hiena” en *Favole, fiabe e filastrocche*, disponible en Internet: [www.insenegal.org/19Favole/Fav\\_lepre\\_iena.htm](http://www.insenegal.org/19Favole/Fav_lepre_iena.htm). Otra versión del grupo *mandé* la encontramos en René Basset, *Cuentos populares de África*, traducción de Esteve Serra (Barcelona: José J. de Olañeta, 2007), “La hiena y la liebre”, pp. 151-152.

<sup>3</sup> Otras versiones subsaharianas de este tipo narrativo no incluidas en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther, las encontramos entre los *fang* de Guinea Ecuatorial (Jacint Creus y M<sup>a</sup> Antònia Brunat, *Cuentos de los fang de Guinea-Ecuatorial* [Malabo: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1991], “El león, la tortuga y el cocodrilo”, núm. 32, pp. 74-76); los *ovimbundu* del centro-oeste de Angola (René Basset, *Cuentos populares de África*, traducción de Esteve Serra [Barcelona: José J. de Olañeta, 2007], “El elefante y la rana”, p. 293); los *tshokwé* del noreste de Angola (Francisco Adriano C. Barbosa, *Contes tshokwé d’Angola* [París: Karthala, 1992], “Le lion et le lièvre rival” pp. 147-151); los *nama* del Kalahari (Carl Meinhof, *Cuentos africanos*, traducción de M<sup>a</sup> Teresa Bosch [Barcelona: Océano, 2001], “Cómo la hiena preparó la boda”, pp. 140-141); los *bánsa* del grupo *bamileke* al oeste de Camerún (Céline Clémence Magnéché Ndé, *¿Verdad que esto ocurrió...? Cuentos orales africanos* [Madrid: Páginas de Espuma, 2004], “La tortuga que quería ser tan inteligente como Dios”, pp. 111-120).

otras ocasiones, el tramposo se hace cargar a lomos del animal incauto solo para ridiculizarlo o para superar una prueba difícil.

Aquí tenemos una versión *khoikhoi* (pueblo perteneciente a la familia lingüística *khoisan*) recogida en Namibia por el folclorista y africanista Jan Knappert y traducida por mí al español, en que el chacal se las ingenia para casarse con la prometida de la hiena, llegando a casa de la chica montado sobre la hiena como si ésta fuera su cabalgadura:

Un día la hiena se puso en camino con una manada de vacas para cortejar a una chica que pensaba que estaba de acuerdo en casarse con él.

Por el camino se encontró al chacal, que le preguntó dónde iba con todo ese ganado. La hiena le dijo que las vacas serían sacrificadas en la boda.

El chacal persuadió a la hiena para que lo invitara a la fiesta, de modo que continuaron el camino juntos. Durante un minuto caminó el chacal a paso normal; después empezó a cojear y, por último, apenas podía ya arrastrarse para seguir adelante.

Al final le preguntó a la hiena si podría cargarlo sobre su lomo, ya que sus pobres pies estaban mal heridos.

La hiena consintió y se agachó para que el chacal pudiera subirse. Al cabo de un rato de ir montado sobre la hiena, el chacal le pidió que se detuviese.

Bajó, recogió unas cuantas cañas y en un momento las hizo parecer estribos. La hiena consintió que se los atara al lomo, para que el chacal pudiera ir montado mejor.

Un poco después le pidió otra vez a la hiena que se detuviera. El chacal había visto unos trapos con los que hacerse una silla de montar. La hiena dejó que el chacal la ensillara y se puso a trotar.

Un poco más adelante se detuvo el chacal otra vez, cogió una enredadera espinosa y cabalgó otra vez sobre la hiena. Desde ese momento en adelante usó la enredadera, a su antojo, como fusta.

Cuando llegaron al patio en el que vivía la novia de la hiena, la hiena se encontraba demasiado cansada por todo aquel asunto (y además un poco amedrentada por la astucia del chacal). Tan pronto como el chacal la desmontó y la dejó suelta, huyó, corriendo tan rápido como podía. Mientras tanto el chacal se dirigió a la muchacha, que era preciosa, hizo un saludo muy elocuente y cortés, y dijo:

—Creo que casi te casas con el mejor caballo de mi padre, el que acaba de correr hacia la cuadra. Debe de estar hambriento.

Por supuesto, se casó el chacal con la muchacha, sacrificando el ganado de la hiena en la fiesta. La hiena no acudió, ya que se encontraba avergonzada.

Nunca debía haber aguantado tanto: el chacal la había usado como cabalgadura<sup>4</sup>.

**El cuento número 5** (*El mono y la tortuga*) es otro cuento también muy difundido en otras muchas tradiciones. Tiene el número 60 en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther, y es conocido como “*El zorro y la grúa se invitan*”<sup>5</sup>.

**Los cuentos número 6** (*La pantera, la liebre y la gran hambruna*) y **7** (*El leopardo y la liebre, socios*) de esta selección, parecen ser dos versiones del mismo tema narrativo, al que aquí llamaremos “Comerse a un pariente”. Podemos describir sintéticamente este tipo narrativo del siguiente modo: “dos o más animales que inicialmente son amigos o viven en armonía se encuentran en una situación de hambre extrema o de gran necesidad y deciden comerse a sus propios parientes. El animal astuto esconde a su pariente (por lo general finge sacrificarlo) y se come al pariente del necio”<sup>6</sup>. Este tipo cuentístico está muy bien documentado

---

<sup>4</sup> Jan Knappert, *Namibia. Land and peoples. Myths and fables* (Leiden: E. J. Brill, 1981), “Hyena wants marry”, pp. 99-100.

<sup>5</sup> Otras versiones no incluidas en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther se encuentran en *Contos populares portugueses*. Organização e prefácio de Viale Moutinho. (Mira-Sintra: Europa-América, 1998) 4ª edição, “A esperteza da raposa”, pp. 150-151, y en Safiatou Amadou y José Manuel Pedrosa, *Cuentos maravillosos de las orillas del río Níger. Tradiciones orales del pueblo Djerma-Songay* (Madrid: Miraguano, 2005), núm. 21, “La invitación del mono a la tortuga, y de la tortuga al mono”, pp. 139-142.

<sup>6</sup> Otras versiones de este tema narrativo se encuentran en Jacint Creus y M<sup>a</sup> Antònia Brunat, *Cuentos de los fang de Guinea-Ecuatorial* (Malabo: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1991), núm. 33, “La tortuga y el leopardo”, pp. 77-78 y núm. 34, “La tortuga y el leopardo” pp. 79-80; Jacint Creus, *Cuentos de los Ndowe de Guinea Ecuatorial* (Malabo: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1991), núm. 69, “La tortuga y el arco iris”, pp. 154-155; Jacint Creus, *Curso de literatura oral africana* (Barcelona: Ceiba, 2005), “La paloma y la tórtola”, pp. 159-160 (versión santotomense); Luis Estepa y José Manuel Pedrosa, *Mitos y Cuentos del exilio de Ruanda* (Oiartzun: Sendoa, 2001), núm. 16, “La liebre y la hiena”, pp. 147-148 (versión *hutu*); Óscar Ribas, *Sunguilando. Contos tradicionais angolanos* (Porto: Asa, 1989), “El corzo y el venado”, pp. 47-48, (versión *ovimbundu*); Carl Meinhof, *Cuentos africanos*. Traducción de M<sup>a</sup> Teresa Bosch (Barcelona: Océano, 2001), “El camaleón y la salamandra



en gran diversidad de sociedades pertenecientes al grupo bantú-sudanes que se extienden por un área geográfica amplísima. Desde los bosques de la Alta Guinea donde habitan los *kono*, pasando por la costa occidental y el centro del continente, hasta las montañas de Benguela angoleñas y los territorios meridionales de Zambia en los que habitan los *tshokwé*.

En la primera versión *kono* (**cuento 6**), más sencilla, el tema aparece aislado, mientras que en la segunda versión el tipo se desarrolla en la primera parte del relato, y en la segunda se narran las aventuras del pequeño *Sóloni*.

No siempre, como en los relatos *kono*, los personajes deciden comerse a los hijos: pueden acordar también devorar a las madres o a las mismas mujeres.

En las versiones *kono* la liebre puede esconder a sus hijos y cazar otros animales (**cuento 6**), o bien decir que su mujer ha abortado (**cuento 7**). Las mañas para fingir el sacrificio y librar al propio pariente de la muerte son muy diversas. En la siguiente versión, traducida al español de la lengua de los *ndowe* de Guinea Ecuatorial, la tortuga hace creer al leopardo que ha matado a su madre tiñendo el agua del río con el jugo de un fruto similar al color de la sangre:

El leopardo y la tortuga pasaban mucha hambre. El leopardo tuvo una idea genial:

–Podríamos comernos a nuestras madres.

La tortuga dijo que estaba de acuerdo, puesto que no podían morir de hambre. Pero el leopardo puso una condición:

–Primero matarás tú a tu madre; luego mataré yo a la mía; y luego nos las comeremos a las dos.

La tortuga no opuso ningún reparo y se dirigió al río a buscar a su madre.

Cuando la encontró, le dijo que se escondiera rápidamente. Cogió unas hojas rojas y empezó a doblarlas y a machacarlas. Luego las echó a una parte del río que había dejado estancada con piedras. El agua se tiñó de color rojo, y la tortuga llamó al leopardo:

---

terrestre”, pp. 217-218 (versión *bakwiri*); Alfredo Francesch, *Cuentos y leyendas masai* (Madrid: Miraguano, 1997), “Los trucos de la liebre”, pp. 55-63; Naomi Kipury, *Oral Literature of the Maasai* (Nairobi: East African Educational Publishers, 1996), reprinted, n. 16, “Hare and other animals”, pp. 68-71.

—¿Te das cuenta? Ya he matado a mi madre. Ahora tú debes hacer lo mismo.

El leopardo, convencido de la muerte de la madre de la tortuga, se dirigió a su casa; allí encontró a su madre, y le dio muerte. Luego llamó a la tortuga para empezar a preparar la comida. La tortuga aprovechó un momento de descuido para arrancar el estómago de la madre del leopardo: lo envolvió en una tela, y dijo que aquello era la carne de su propia madre.

Cuando ya toda la carne estuvo preparada, la tortuga propuso:

—Antes he empezado a actuar yo. Es justo que también sea la primera en comer.

El leopardo aceptó. La tortuga empezó a comer la carne de la madre del leopardo. Cuando ya estaba satisfecha, le dio al leopardo la tela donde guardaba el estómago que había arrancado, y se fue a toda velocidad.

El leopardo creyó que la tortuga se iba porque ya había comido suficientemente.

Al levantar la tela, se dio cuenta de que aquello no era la carne de la madre de la tortuga sino el estómago de su propia madre. Quiso perseguir a la tortuga, pero ésta ya había desaparecido.<sup>7</sup>

El motivo del agua teñida de sangre lo encontramos repetido en varias versiones registradas a lo largo de la costa occidental africana<sup>8</sup>. En la versión de los *bubi* de la isla de Bioko que conoceremos ahora, la tortuga utiliza el mismo truco para hacer creer al incauto puerco espín que ha matado a su madre:

La tortuga y el puerco espín eran grandes amigos. Pero pasaban tanta hambre que, un día, la tortuga propuso:

—Lo que podemos hacer es comernos a nuestras madres. Yo subiré a la colina, mataré a mi madre y, cuando veas que su sangre baja por el río,

---

<sup>7</sup> Jacint Creus, *Cuentos de los Ndowe de Guinea Ecuatorial* (Malabo: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1991), “La tortuga y el leopardo”, núm. 58, p. 135.

<sup>8</sup> Otros paralelos de este motivo en José Manuel Pedrosa, “La leyenda de *El río portador de noticias*: Tarquinio Prisco, Beowulf, Yosef, la condesa traidora de Castilla y un grupo de cuentos africanos”, en *Spain's Multicultural Legacies: Studies in Honor of Samuel G. Armistead*, eds. Adrienne L. Martin y Cristina Martínez-Carazo (Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2009) pp. 199-214.

haz lo mismo con la tuya. Después nos reuniremos para preparar un asado.

La tortuga se fue hacia la colina. Pero en lugar de matar a su madre, la escondió y machacó unos frutos de color rojo para aparentar que ya la había matado. Cuando el puerco espín vio el agua rojiza, llamó a su madre y la mató.

Al cabo de un rato apareció la tortuga. Asaron a la madre del puerco espín y se la comieron. Era muy apetitosa. Después, cuando el puerco espín sugirió que debían hacer lo mismo con la madre de la tortuga, ésta replicó:

—¿De verdad crees que he matado a mi propia madre? No lo haré jamás, por mucha hambre que tenga —y se encerró en su casa, instalando una trampa en la puerta para prevenir la llegada de su amigo.

El puerco espín estaba furioso. Se sentía burlado. Además, había matado a su madre. De manera que decidió vengarse de la tortuga, que le había jugado una mala pasada. Se dirigió a la casa de su amiga, pero al entrar cayó en la trampa y se vio metido en un agujero. Allí mismo la tortuga lo mató y después se lo comió, tal como había hecho con su madre.

Desde entonces la tortuga y el puerco espín han dejado de ser amigos. Y por eso el puerco espín vive en el bosque y la tortuga en la playa: para no tener que coincidir<sup>9</sup>.

Añadiremos aún una versión contada por Marcelo Nisué Asogo y registrada por mí en Madrid en 2004. El narrador, de etnia *fang* (los *fang* son la etnia mayoritaria de Guinea Ecuatorial, extendida por el sur y el centro de Camerún, el norte de Gabón y el noroeste de la República del Congo) nació en Ebebiyín, ciudad de la provincia de Kié-Ntem (Guinea Ecuatorial), situada en el vértice noreste del país en el límite fronterizo con Camerún.

En este relato, la tortuga propone a su amigo, el tigre, matar a las madres sin ninguna razón aparente. Se omite el motivo generador de la acción. El estímulo fundamental del cuento, el de “comerse al pariente” debido al hambre, se ha perdido. La madre del tigre no será devorada, sino que será enterrada sin más. Sin embargo, y a pesar de que ha desaparecido el móvil caníbal, podemos decir que en cuanto a materia

---

<sup>9</sup> Jacint Creus, M<sup>a</sup> Antònia Brunat y Pilar Carulla, *Cuentos bubis de Guinea Ecuatorial* (Madrid: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1992), núm. 24, “La tortuga y el puerco espín”, p. 48.

narrativa, este cuento *fang* es casi idéntico a las versiones presentadas anteriormente, y que pertenece indudablemente a este grupo tipológico.

El relato se inicia con la relación de amistad entre los personajes que deciden matar a un pariente. También en la versión *fang* la tortuga usa la artimaña de teñir el agua del río para que el tigre piense que ha matado a su madre. Más tarde, el tigre no solo se queda huérfano, mientras que la tortuga conserva a su madre, sino que además será castigado: pero no como el puerco espín del relato *bubi*, atrapado y comido por la tortuga, porque morirá a manos de su propia familia por haber matado a su madre y haber bailado durante su entierro:

*El tigre y la tortuga.*

Eran dos amigos, y la tortuga era más lista que el tigre. Entonces, algún día, la tortuga dice al tigre:

–A ver, vamos a matar a nuestras madres.

Entonces dice el tigre, dice:

–¿Qué? ¿Qué dices? Nuestras madres no molestan. ¿Cómo vamos a matar a nuestras madres?

La tortuga dice que sí lo van a hacer. Dice el tigre:

–¿Dónde lo vamos a hacer?

–Vamos a buscar un río que tenga mucha corriente.

–¿Y cuándo?

–Dentro de dos días.

La tortuga, muy astuto, dice:

–Bueno, me voy a mi pueblo y tú te vas. El viernes nos encontramos ahí para matar a nuestras madres. Tú trae a tu madre y yo traeré a la mía.

La tortuga [se] va, al ir a su pueblo se va *en el* bosque, coge esto... es tal como uva. Esto típico de mi país que son de color de sangre... coge todo esto. La tortuga [se] va, [se] va primero, dice que llega el tigre, entra en el río, va por el río, por arriba del río, va, esconde las uvas éstas. Viene, encuentra que el tigre no ha venido. Al rato el tigre llega y:

–Voy a buscar a mi madre. Espera aquí.

Tortuga busca a su madre. Cada uno con su cuchillo.

–Hay que matar a las madres –dice la tortuga–, tú te vas abajo, yo me subo arriba del río.

Era un río de mucha corriente, ¿no? La tortuga, tan astuto, sube con su madre arriba, dice:

—Cuando vas a ver que la sangre baja, yo ya he matado a mi madre; entonces, tú tienes también, vas [a] matar a tu madre.

La tortuga va arriba, coge la uva ésta, lo llamamos un *ngong* —en *fang* un *ngong*, un *ngong* que es más claro, como la sangre, igual de aceitunas. Un *ngong* es grande, así, como una uva que mancha—. Entonces, ¿qué hace? Coge aquella uva y la machaca, machaca, machaca. Entonces entra esa sustancia; el color todo baja abajo con el río, baja donde el tigre.

—Mi amigo ya mató a su madre.

Coge a su madre, degolla a su madre, y el tipo, bueno, la tortuga sale del río va corriendo a ver a su madre. Le llama el tigre:

—¿Amigo tortuga?

—¿Qué?

—Ya he terminado.

—Digo, hombre, también yo. Yo ya hice antes.

—Sí, lo visto, tal y cual...

Tortuga sale, va a encontrar. Tigre ya no tiene a su madre, dice:

—Bueno, ahora como ya hemos matado a nuestras madres —típicamente nosotros hace[mos] unas *difunciones*<sup>10</sup> grandes con bailes, con todo esto, muy bien—. Vamos a hacer la *difunción* de nuestras dos madres.

—Vamos a la *difunción*.

[La tortuga dice:]

—No, esta *difunción* la vamos a hacer en el pueblo de tu madre.

En el pueblo de la madre del tigre, porque sus tíos, los tíos del tigre, estaban muy enfadados *de que* han matado a su madre. Muy bien, van ahí, era domingo. Tú sabes que esas cosas empiezan un viernes, un sábado, domingo, termina la *difunción*; bailes, beber, tal y cual...Las palabras que agarró al hombre, la mujer lo que ha deja'o repartir, la mujer, tal y cual..., una costumbre africana, como se hace y tal.

Van. Entonces, empiezan ya las cosas. Dice, dice la tortuga:

---

<sup>10</sup> Defunciones, entierro.

–Amigo, digo que esa *difunción*..., como tus tíos están enfada’os, yo creo que va a haber problemas aquí; nos van a matar. Para que no nos maten vamos a hacer una cosa.

Dice el tigre:

–¿Qué es lo que vamos hacer?

Dice:

–Vamos a hacer una cosa, vamos a entrapar, vamos a entrapar.

Dice:

–¿Cómo tú vas?

–No, nos vamos a entrapar, cuando la gente va a venir, tú mete el pie y la trampa te mete y yo me elevo y tú te vas.

Dice el tigre:

–Sí, hombre, sí.

Dice, dice la tortuga:

–Yo voy a entrapar la columna de la trampa. Está dentro de la calle.

–Yo lo voy hacer detrás de las casas –dice el tigre.

–No, no –siempre decía, lo que dice, dice–, bueno, como tú... –dice– así, así lo voy a hacer.

–Bueno, yo voy hacer de que si hago aquí la trampa. Como si tú haces la trampa, tú lo pones así, tú te vas a otro sitio.

Y en vez de que el tigre lo hace igual, lo hace detrás de las casa, aquí hay bosque; si hace así viene otra vez por el pueblo. Entonces dice:

–Bueno, voy hacer tal como tortuga.

Hizo la trampa, el otro hizo la trampa. Empezaron a cantar la *tumba*<sup>11</sup> –tal como se hace sobre la *tumba* ésa, conoces Guinea, a bailarla, bailarla, bailarla–.

Entonces la gente, los tíos del tigre dicen:

–¡Ay! ¡Conque tú estás bailando mientras que tú has matado a tu madre con tu amigo tortuga! ¡Tú has matado a tu madre y estás bailando mientras estamos aquí, celebrando, para que la gente del duelo *pasamos* para enterrar los que estamos dentro!

---

<sup>11</sup> *Tumba* y sus derivados significa, en las lenguas bantúes, “jolgorio” o “fiesta”. Baile que se practica en grupo al ritmo de instrumentos de percusión.

Dice la tortuga:

–Amigo, ya empezó el peligro, ahora tenemos que ir[nos] nosotros.

[El] tigre se va detrás de las casas. *Se mete el pie dentro de la trampa, como la trampa, como si se coge así la trampa, viene así, te caes ahí. Y la tortuga va, que pisa ahí y tal, al bosque se marcha.*

Y el tigre en la calle, empezaron a matar al tigre.

–Tú has matado a tu madre.

[El] tigre se murió, el tigre se murió pero es cosa de la tortuga<sup>12</sup>.

No podemos terminar este breve comentario acerca de los “devoradores” de parientes sin incluir una extraordinaria versión recogida por J. V. Martins entre los *tshokwé* de Moxico, al noreste de Angola, y traducida por mí del portugués.

El relato de los *tshokwé*, igual que los otros, comienza con una situación de armonía entre los animales. Este equilibrio se rompe en el momento en que el jefe del grupo, el leopardo, viéndose obligado a pagar al herrero por la elaboración de herramientas agrícolas, imprescindibles para la supervivencia del grupo, no encuentra otra manera de saldar su deuda que ofreciendo como alimento a los hijos de sus súbditos.

Aquí el sacrificio de los parientes no surge del acuerdo mutuo de los protagonistas. En la primera secuencia el animal engañado es el antílope, que al descubrir que el leopardo ha entregado a su hijo a la mujer del herrero para que lo cocine y que él mismo es invitado a comer, vuelve espantado al poblado y cuenta lo sucedido al resto de animales. Después, el antílope abandona el poblado y huye a la selva. Por eso, en la segunda secuencia, cuando aparece el auténtico tramposo de la historia, el conejo, éste ya conoce las verdaderas intenciones del leopardo, que a su vez sabe que el conejo está al corriente. De esta manera, sin que los personajes hayan llegado a un acuerdo directo, ambos son conscientes de que el asunto se resolverá comiéndose a los hijos del conejo. Pero el *trickster*, mucho más astuto que el leopardo, consigue invertir la situación salvando a sus hijos de la cazuela y ocultándolos en un lugar seguro. Finalmente, el conejo acaba devorando al hijo del leopardo, que queda completamente solo, sin descendencia y abandonado por el resto de los animales:

---

<sup>12</sup> Versión registrada en Madrid, el 16 de enero de 2004, en una encuesta que realicé junto con Susana Gala, Sara Galán, José Luis Garrosa y José Manuel Pedrosa.

En otros tiempos, los animales vivían todos en comunidad, fuesen feroces o inofensivos.

Los más fuertes y corpulentos vivían, a pesar de su ferocidad, en buena armonía con sus súbditos más débiles, sin que nunca sucediese ningún altercado entre ellos; los más fuertes eran los que mandaban y los que se imponían sobre los débiles.

Los que se comportaban mal eran castigados en cuanto perturbaban la vida de los otros. Trabajaban juntos y, de noche, tal como sucedía en las demás aldeas, se reunían en la *tshota*<sup>13</sup> bajo la presidencia del *kajama*<sup>14</sup>, visto que el león, como animal más fuerte y más digno, tenía otro reino mayor, al que estaba subordinada la aldea del primero.

Además de los antílopes, también allí había otros animales mucho más astutos que el *kajama*, aunque fuesen más pequeños. Entre estos, podían contarse la tortuga, la comadreja, la mangosta y, sobre todo, *Sa Mbalu*<sup>15</sup>, capaz de burlar no solo a sus compañeros, sino hasta al mismo *soba*<sup>16</sup> *kajama*, así como al resto de animales feroces, a excepción del león, está claro, al que el *kajama* y todos los demás animales tenían que someterse.

No hace falta decir que la hiena, por más que fuese un animal repulsivo –pues, en vez de cazar, se entretenía a comer cadáveres, presas débiles y los restos que sus compañeros, grandes cazadores, dejaban–, también hacía parte del consejo de la aldea. Aunque tanto el *soba* como los otros consejeros no le prestaban prácticamente ninguna atención.

Así era la aldea del *kajama*, en la que todos los animales vivían cantando y bromeando sin que ninguno de ellos hiciese mal a sus compañeros, por pequeños e indefensos que fuesen.

Cierto día, el *soba kajama*, después de haber mandado extraer la cantidad de hierro necesaria para una hornada, ordenó que se fundiese con el fin de obtener una buena porción de hierro para hacer los utensilios que se necesitaban.

Conforme a las órdenes del *soba kajama*, al día siguiente, después de que fuese encendido y cargado el horno por la mañana temprano, la tortuga, el *ngulungu*<sup>17</sup>, la mangosta y el *mukhondo*<sup>18</sup>, comenzaron a

---

<sup>13</sup> *Tshota*, lugar de reunión de los hombres.

<sup>14</sup> *Kajama*, leopardo.

<sup>15</sup> *Sa*: hijo de..., señor. *Mbale*, conejo.

<sup>16</sup> *Soba*, jefe.

<sup>17</sup> *Ngulungu*, antílope.



trabajar con sus *myanze*<sup>19</sup>, mientras el *Sa Mbalu* dirigía todo el trabajo de la fundición del hierro, dando órdenes a sus ayudantes.

De esta forma, durante tres días, el horno estuvo encendido y fundió, consecutivamente, tres hornadas, de las cuales fueron retiradas tres *ishinda*<sup>20</sup> y entregadas al *soba kajama*.

Obtenidas las tres barras de hierro, el *soba* decidió ir al herrero para mandarle hacer algunas *matemo*<sup>21</sup>, para distribuir las entre los vasallos.

Esto era lo que él decía, pero su intención era otra: la de comerse a los hijos de sus súbditos.

Así, al día siguiente a la última hornada, el *kajama* invitó al *Sa Ngulungu* para ir con él al herrero para que trabajara con su *mwanze*.

Sin prever la maldad del *soba*, el *Sa Ngulungu* llevó a su hijo con él, porque tenía miedo de que huyera de la aldea y se perdiese. Por esa razón, el jefe hizo lo mismo.

Al llegar cerca de la *tshihunda*<sup>22</sup> del herrero, el *kajama*, que ya tenía en mente lo que quería hacer, dijo al *Sa Ngulungu* que era mejor que dejaran allí a los hijos escondidos en el hueco de un árbol, pues, como eran pequeñitos y traviesos, podían quemarse en la forja del herrero.

Sin sospechar nada, el *Sa Ngulungu* estuvo de acuerdo con el *soba*, y ambos dejaron, entonces, a los hijos en el agujero de un árbol frondoso, junto a la aldea del herrero, recomendándoles a los pequeñuelos que no saliesen de allí, pues, de lo contrario, se perderían en medio del bosque. Los pequeños, contentísimos por haber salido a pasear, respondieron que se quedarían a jugar y que no saldrían de allí.

Satisfechos por la respuesta de los hijos, el *soba* y el súbdito continuaron el camino, a fin de vencer los últimos pasos que los separaban de la casa del herrero.

Cuando llegaron, el *soba* se dirigió al *furi*<sup>23</sup> y le dijo, después de los saludos habituales:

---

<sup>18</sup> *Mukhondo* (*Herpestes sanguineus*), pequeño carnívoro viverrídeo similar a la comadreja.

<sup>19</sup> *Myanze*, fuelles (sing. *mwanze*).

<sup>20</sup> *Ishinda*, barras de hierro (sing. *tshishinda*).

<sup>21</sup> *Matemo*, azadas (sing. *temo*).

<sup>22</sup> *Tshinhunda*, aldea.

<sup>23</sup> *Furi*, herrero.

–Traigo un poco de hierro para que me hagas algunas azadas.

Después de haber recibido los saludos del *soba* y examinado las *tshishinda*, el *furi* encendió inmediatamente su *lwazo*<sup>24</sup> de dos *myanze* y les dijo que cada uno de ellos tenía que trabajar, para poner el hierro en condiciones para que pudiera ser trabajado.

Acatando las órdenes del herrero, cada cual cogió su *mwanze* y comenzó a insuflar el aire necesario para que la *lwanzo* calentase el hierro y el *furi* pudiese hacer las *matemo*.

Una vez que el hierro estaba al rojo vivo, el *furi* comenzó a trabajarlo y mandó que pararan los *myanze* para descansar, al mediodía, después de haber hecho tres *matemo*.

Después se volvió para el *kajama* y dijo:

–Al final trajiste la *tshishinda* para que te hiciese las *matemo*, pero no me trajiste la *tshiteleka*<sup>25</sup>. Así que no te puedo hacer más *matemo*, porque no estoy acostumbrado a trabajar gratis. Por eso, si quieres que continúe trabajando, tienes que darme ya la *tshiteleka*; de lo contrario, no trabajo más ni te doy las tres *matemo* que ya he hecho.

Entonces el *kajama*, con aire malicioso y al mismo tiempo perverso, soltó una carcajada, mostrando sus afilados dientes. Y, llamando al *furi* aparte, de forma que el *ngulungu* no oyese, habló:

–Dile al *ngulungu* que se quede aquí a vigilar la *lwanzo*, y tú ve para tu casa y espera allí un momento, que yo te llevaré la *tshiteleka*.

Cumpliendo lo que el *kajama* le aconsejó, el *furi*, después de haber dicho al *ngulungu* que se quedase allí a vigilar el *lwanzo*, mientras él iba con el *kajama* a dar una vuelta, se dirigió a su casa y allí esperó pacientemente la *tshiteleka*.

Mientras, el *kajama*, después de haber acompañado al *furi* a casa, fue, a grandes pasos, al lugar donde estaba el pequeño *ngulungu* jugando con su hijo.

Después de haber dicho al hijo que se quedase allí quietecito hasta que él lo fuese a buscar, cogió al pequeño *ngulungu* y le contó que lo iba a llevar a la casa del *furi*, para que el padre lo viese, porque tenía muchas ganas de verlo, y tenía miedo de que hubiera huido.

A éste no le gustó nada salir de donde estaba, y se puso a llorar. Llorando y temblando de miedo, llegó a casa del *furi*, donde su vida terminó en la cazuela, mientras el padre, dando algunos tiros a la

---

<sup>24</sup> *Lwazo*, forja.

<sup>25</sup> *Tshiteleka*, comida.

*mutopa*<sup>26</sup>, esperaba, sentado a la puerta de la *Iwanzo*, que el *furi* y el *kajama* volvieran, sin saber que su querido hijo estaba a punto de morir a manos de la mujer del *furi*, para ser cocinado en seguida.

Pasado algún tiempo, volvió el *furi*, acompañado del *kajama*, y el trabajo continuó, sin interrupción, hasta tarde.

Mientras, el *kajama*, con aire malicioso, guiñando de vez en cuando el ojo al *furi*, a medida que soplabla con su *mwanze*, iba cantando y soltando carcajadas:

–¡Quien anda con su hijo es tonto!

El *Sa Ngulungu*, sin saber de lo que se trataba, ni sospechaba la maldad del *soba*, reía también al ver reír a los otros.

Tarde, cuando el *furi* acabó de hacer la sexta *temo*, dijo:

–¿Queréis venir entonces hasta mi casa y ayudarme a comer la *tshiteleka*?

–Queremos –aprobó después el *kajama* con gran regocijo por la maldad del asunto. Y, dando unas palmaditas en la espalda del *Sa Ngulungu*, añadió:

–Vamos a comer la comida que la mujer del *furi* ya debe haber preparado, porque estará esperándonos.

Al oírlos hablar de la *tshiteleka*, el *Sa Ngulungu* presintió que algo malo pasaba con su hijo, visto que el *kajama* no había traído nada que pudiese dar al herrero; y, ahora, ¡los invitaban a comer!...

En efecto, al llegar a casa del *furi*, ¡su mal presentimiento se volvió realidad!...

Ante esto, salió de la casa del *furi*, llorando a su pobre y desventurado hijo. Y entonces, corrió, corrió, en dirección a su aldea, mientras el *furi* y el *kajama* se pegaban un banquete con la carne del pequeño *ngulungu*.

Viendo llegar al *ngulungu* en aquel estado, todos sus vecinos se reunieron alrededor de él y le preguntaron lo que le pasaba y por qué lloraba tanto.

–¡Cómo no he de llorar –respondió el *ngulungu*–, si el *kajama* dio a mi hijo como *tshiteleka* al *furi*!...

Y, mientras contaba aquello, huyó de la aldea diciendo que iba a la selva y que no volvería más allí, porque no podía encarar al asesino de su hijo, aunque fuese su jefe.

---

<sup>26</sup> *Mutopa*, cachimba de agua.

Acabado el banquete, el *kajama* se despidió entre cínicas risotadas del *furi* y, después de haber ido a buscar al hijo que estaba solo y lleno de miedo, escondido donde lo había dejado, regresó a la aldea, ya de noche oscura, con miedo de ser visto, por temor a las críticas.

Su recelo no era infundado, visto que, a excepción de la hiena y de otros cuantos consejeros colegas suyos, el resto de los habitantes de la aldea estaban indignados con tan vil procedimiento.

Al día siguiente, como tenía que volver a casa del *furi*, para que éste le hiciera más herramientas, invitó, uno a uno, a todos sus vecinos para que fuesen con él, pero nadie quiso acompañarlo sabiendo lo que le había hecho al *Sa Ngulungu*.

El *Sa Mbalu*, sin embargo, después de haber pensado el asunto a conciencia y de haber hecho planes para engañar al *kajama*, tomó un aire arrogante y al mismo tiempo malicioso:

–¡Por lo que veo, nadie quiere acompañar a nuestro gran *soba kajama*!... Parece que tienen miedo de que les haga mal...

–Es verdad, viejo mío *Sa Mbalu* –respondió el *kajama* con aire de ofendido y añadió:

–¿Quieres venir tú conmigo?

–No soy yo quien tiene que acompañar a nuestro gran *soba*, porque soy uno de sus más humildes siervos. Sin embargo –continuó el *Sa Mbalu*–, ya que vuestros más dignos consejeros y restantes súbditos no quieren ir contigo, iremos yo y mis hijos, y podéis creer que, a pesar de que yo soy tan pequeño, soy capaz de usar uno de los *myanze* durante todo el día y desempeñar la tarea tal vez mejor de como lo hizo nuestro vecino *ngulungu*.

Ante la decisión de su súbdito, el *kajama* cogió otra *tshishinda*, llamó a los dos hijos y se dirigió a casa del *furi*, acompañado del *Sa Mbalu* que, a su vez, también llevaba a sus dos hijos consigo.

Y mientras en la aldea todos comentaban la audacia del *Sa Mbalu*, éste, alegre, contento y despreocupado como siempre, iba tocando su *tshisanji*<sup>27</sup> y bailando secundado por sus hijos, quienes imitaban las cabriolas del padre y la entonación de la siguiente canción que cantaba al compás de los acordes del *tshisanji*:

¡Engaña al antílope,  
que es tonto!;  
¡Engaña al antílope,

---

<sup>27</sup> *Tshisanji*, instrumento musical hecho de madera y de teclas metálicas. Se toca con los dedos pulgares.

que se quedó en la selva!

Esta canción no le agradó nada al *kajama*, quien, después de haberla oído dos o tres veces seguidas, dijo muy irritado a su compañero:

–¿Por qué cantas esa canción?

–La canto porque es mi canción preferida; la escuché hace mucho tiempo y la canto todos los días y a todas horas –respondió el interpelado, eliminando, así, las sospechas que suscitaba al *kajama*.

Por fin llegaron junto al árbol donde, el día anterior, se había quedado el hijo del *ngulungu*. Dejaron, entonces, allí a sus hijos escondidos, y ambos se dirigieron a la casa del *furi* que ya los esperaba junto a la *lwanzo*.

Después de haberlos saludado, el *furi* encendió la forja y empezó el trabajo, mientras el *kajama* y el *Sa Mbalu* trabajaban cada uno con su *mwanze*.

Tal como el día anterior, cerca del mediodía, el *furi* se dirigió al *kajama* y le pidió que le diese la *tshiteleka*.

El *kajama* soltó una gran carcajada y, después de haber dicho al *Sa Mbalu* que se quedase allí a vigilar la *lwanzo*, le dio unas palmaditas en la espalda al *furi* y le dijo:

–¿Vamos a dar una vueltecita a ver si cazamos algo para pagarte la *tshiteleka*?...

–Vamos –respondió el *furi*.

Entonces se dirigieron ambos al lugar en el que estaban los hijos del *Sa Mbalu* y del *kajama*, mientras el *Sa Mbalu* los seguía de cerca escondiéndose aquí y allí de forma que ellos no lo vieran.

Una vez que llegaron al lugar, el *kajama* agarró a los hijos del *Sa Mbalu* y se los entregó al *furi* diciendo:

–Toma ahí la *tshiteleka*, ve a llevárselos a tu mujer para que los cocine y nos los podamos comer luego.

El *furi* cogió los dos conejitos y, dirigiéndose a casa, acompañado del *kajama*, se los entregó a su mujer, diciéndole que los cocinase para comerlos por la tarde.

No obstante, el *Sa Mbalu*, que había visto todo, fue al árbol, agarró a los hijos del *kajama*, se los llevó a la mujer del *furi*, que se preparaba para matar a sus hijos, y le dijo:

–No mates a esos dos conejitos, que son mis hijos, y son tan pequeñitos que no dan comida suficiente para todos. Toma estos dos *kajama*, que

son mucho mayores y darán comida para que comáis durante dos o tres días.

–Está bien –dijo la mujer del *furi*, entregando los hijos al *Sa Mbalu*, mientras recibía de las manos de éste los hijos del *kajama*.

Sin pérdida de tiempo, el *Sa Mbalu* fue a esconder a sus hijos en otro lugar, donde ni el *kajama* ni nadie pudiese dar con ellos. Éste y el *furi* habían ido hasta la *tshota* a fumar un poco de la *mutopa* del jefe de la aldea. El conejo se dirigió, después, a la *lwanzo* y se sentó fingiendo que dormía, para que el *kajama*, cuando lo viese, no se diera cuenta de lo que había hecho.

Mientras la mujer del *furi* mataba a los hijos del *kajama*, éste fumaba y se reía cínicamente, pensando darse un banquete con los deliciosos conejitos.

Después de haber fumado, conversado y reído, se dirigieron a la *lwanzo*. Pensando que el *Sa Mbalu* dormía realmente, el *kajama* cogió una calabaza con agua y se la derramó sobre la cabeza, diciendo con cínicas carcajadas:

–Despierta, que son horas de que empecemos el trabajo, ¿o piensas que viniste aquí a dormir?

Sin decir una palabra, fingiendo que la bromita no le había hecho ninguna gracia, el *Sa Mbalu* cogió los dos palillos de su *mwanze* y comenzó a trabajar. Como la forja ya estaba casi apagada, tiró la ceniza y el polvo de carbón a la cara del *kajama* y del herrero, quienes quedaron completamente negros y con la boca pastosa. Mientras los dos afectados vociferaban maldiciones y palabrotas, el *Sa Mbalu* saltaba, brincaba y reía con todas sus ganas.

Después de aquel pequeño incidente, y después de que los afectados se hubieran lavado la cara, reemprendieron el trabajo, y volvió cada uno a su puesto.

El *kajama*, aunque no estuviese muy contento con la jugarreta que el *Sa Mbalu* le había hecho, mostraba estar satisfecho, porque lo que él había hecho a su súbdito era mucho peor. Así, tal como el día anterior, a medida que iba moviendo los palillos del *mwanze*, cantaba y guiñaba el ojo, de vez en cuando, al *furi*.

–¡Quién trae los hijos consigo es tonto!

El *Sa Mbalu*, sin embargo, como era más astuto que él, y ya conocía todos los trucos y las maliciosas palabras del *kajama*, le respondió inmediatamente, cantando:

–¡Si es tonto, que sea listo!

Esta respuesta no le gustó al *kajama*, quien, con un aire muy irritado, le dijo:

–Tú, al final, me diriges canciones provocadoras e insultantes. Ten cuidadito con la lengua si no quieres llevarte algún disgusto...

–Calma, *kajama* –respondió el *Sa Mbalu*, mostrándose muy ofendido. Y continuó:

–Yo he respondido a vuestra canción, real señor, con la máxima sinceridad y respeto. Pero ya que te has tomado a mal mi respuesta, verás que hoy no cantaré más en todo el día, sobre todo porque no estoy muy contento con mi suerte. Puede ser que yo me engañe, pero hoy vas a tener jaleo conmigo.

Viéndolo tan triste, y creyendo que era sincero, el *kajama* le dio dos palmadas en la espalda y dijo; riéndose cínicamente y guiñando el ojo, al mismo tiempo, al *furi*:

–Olvidalo, mi viejo *Sa Mbalu*, y perdona si te he ofendido. Yo pensaba que te estabas mofando de mí. Acabemos, pues, con las canciones y malentendidos, que no tienen razón de ser, y continuemos trabajando.

–Está bien –dijo el *Sa Mbalu*, mostrándose muy agradecido por aquellas palabras consoladoras y conciliadoras.

Así que durante el resto de la tarde ninguno de ellos cantó ni habló.

Acabado el trabajo, el herrero entregó las seis *matemo* que acababa de hacer, e invitó al *kajama* y al *Sa Mbalu* a que fueran a ayudarlo a comer la *tshiteleka* y un bocado de mandioca.

Aprovechando la oportunidad del convite, el *Sa Mbalu* se dirigió inmediatamente a casa del *furi*, mientras éste conversaba con el *kajama* y amarraba con un cordel las *matemo* unas a otras. Cuando llegó, pidió a la mujer del *furi* que le diese una pierna de *kajama* y fue a comerla con mandioca, del lado de fuera de la puerta, para poder disfrutar mejor del panorama, ver las reacciones del *kajama* y poder huir sin ser visto ni atrapado por él cuando notase que había sido burlado.

Después de comer lo que la mujer del *furi* le había dado, vio al *kajama* acercarse a la casa del *furi*, y desapareció sigilosa y discretamente sin decir nada a nadie. Cuando el *kajama* entró a la casa del *furi*, el *Sa Mbalu* estaba ya muy lejos, corriendo todo lo que podía, con los hijos detrás suyo, en dirección a la aldea, para avisar a sus paisanos para que huyesen, antes de que el *kajama* llegase, con toda su rabia, ferocidad y maldad y los matase a todos.

Mientras, el *kajama*, apenas entró a casa del *furi*, vio que, en vez de conejos, éste y la mujer estaban comiéndose a sus hijos, y que el *Sa*

*Mbalu* ya había comido también. Salió a toda prisa en busca de su súbdito para ajustarle las cuentas.

Ahora comprendía la razón de las insultantes canciones con que el *Sa Mbalu*, ese bellaco, lo había engañado... Qué pena le daba no haber entendido a tiempo para haberlo descuartizado.

—¡Ah! ¡Qué tonto he sido! —se decía el *kajama* así mismo—. Si lo cojo, lo despedazo a él y a los hijos.

Desesperado, y viendo que no conseguía encontrar al *Sa Mbalu*, se dirigió a su aldea, pensando que lo encontraría allí.

A pesar de que corrió furiosa y obstinadamente, cuando llegó a la aldea, ésta estaba completamente desierta. Tras escuchar el relato y acatar el consejo del *Sa Mbalu*, todos los habitantes huyeron a la selva, y cada cual se escondió donde pudo, para librarse de las garras de su *soba*.

Viéndose burlado y abandonado por todos, sin poder vengarse de los ultrajes recibidos, se sintió todavía más rabioso y lleno de ira. Y, ante esto, juró que se vengaría y que descargaría su disgusto y su odio sobre cualquier animal que existiese sobre la tierra, incluyendo al propio hombre, ya que éste también había comido parte de sus hijos.

Por eso, todavía hoy, el leopardo es uno de los seres más traicioneros y feroces que existen en la selva, y mata y devora a todos los animales que se ponen al alcance de sus dientes y de sus garras<sup>28</sup>.

Antes de pasar a la lectura de los relatos *kono*, y a modo de conclusión, hay que decir que no podemos afirmar a ciencia cierta que este tipo cuentístico de *Comerse a un pariente*, que está documentado entre los *kono* y en una vasta superficie del territorio africano, sea patrimonio exclusivo del grupo bantú-sudanés, ni que su área de difusión se encuentre localizada estrictamente al sur del Magreb. Es poco lo que todavía sabemos sobre la geografía tradicional de los relatos africanos, y no es fácil rastrear el itinerario que haya podido ser trazado por cada uno de ellos. Quién sabe si este tema narrativo no habrá formado parte de la tradición oral de otros pueblos y si sobrevivirá aún en memorias distintas de la africana. Acaso el paso del tiempo venga alguna vez a arrojar luz sobre la cuestión.

---

<sup>28</sup> João Vicente Martins, *Contos dos quiocos. Subsídios para a história, arqueologia e etnografia dos povos da Lunda* (Lisboa: Museu do Dundo, 1971), núm. 17, “Conto do leopardo e do *Sa Mbalu*” pp. 145-152.



## CUENTOS *KONO*

### 1. LA ARAÑA Y EL HUÉRFANO, PESCADORES<sup>29</sup>

Narradores: ancianos del grupo familiar Doré en Lola, 1950.

Un día, el huérfano y su inseparable amigo la araña fueron a pescar.

Como eran pobres, no tenían más que una nasa<sup>30</sup> para los dos. La metieron en el agua y volvieron a casa.

Al amanecer volvieron al río y encontraron en la nasa un único pez.

Entonces, ¿cómo dividir un solo pez entre dos personas?

Encontrando siempre una buena solución, el huérfano propuso a *Sýi*:

–Hoy me quedaré yo con el pez, y tú te quedarás con todo lo que pesquemos mañana.

La araña, imaginando que habría una pesca abundante, aceptó sin vacilar.

Pero el día siguiente, las cosas sucedieron de otra manera. El pérfido huérfano fue él solo a vaciar la nasa muy temprano, y de ese modo se quedó *Sýi* quedó sin nada.

### 2. LA LIEBRE, CONSEJERO DE LA PANTERA<sup>31</sup>

Narrador: Gbato Momou, originario de Kpora, en el cantón de Vépo. Entrevistado en mayo de 1971.

---

<sup>29</sup> En B. T. Holas, *Contes Kono. Traditions populaires de la forêt Guinéenne* (Paris: G.P. Maisonneuve et Larose, 1975), p. 257.

<sup>30</sup> Nasa: cilindro de juncos entretreídos, con una especie de embudo dirigido hacia adentro en una de sus bases y cerrado con una tapadera en la otra para poder vaciarlo.

<sup>31</sup> En *Contes Kono*, p. 225.

En los primeros tiempos del mundo, la pantera vivía en buena armonía con todos los animales, que vivían juntos en una gran aldea.

Pero un día, no se sabe por qué razón, empezó a atacar a sus compañeros.

Cuando hubo devorado a unos cuantos, el resto de animales decidió trasladarse de allí, y construyeron una nueva aldea.

La pantera se encontró, a partir de aquel momento, muy sola en su viejo hogar, y solo tuvo la compañía de la liebre, que le fue fiel, en calidad de amigo-consejero.

Llegó una hambruna. Un día, con el vientre vacío, la pantera decidió ir a buscar presas a la aldea cercana.

La expedición fue organizada siguiendo los consejos de la liebre.

–Será un juego de niños –explicó a la pantera–. Tú te esconderás tras un arbusto y yo haré desfilar delante de ti a todos los animales de la aldea; el más pequeño irá a la cabeza, y el más grande a la cola del cortejo. De ese modo te será muy fácil atrapar al último.

La pantera aceptó con premura la proposición.

Pero, en su malicia, la liebre hizo pasar al animal más grande delante de los pequeños. Él mismo, la liebre, cerraba la fila. Cuando todos los animales pasaron por delante del escondite de la pantera, la liebre le aseguró que el animal más grande la seguía.

La pantera esperó, sin duda, en vano. Más hambrienta que nunca, volvió a casa.

Y fue así, como empezó su odio hacia la liebre.

### **3. EL ELENFANTE, MONTURA DE LA LIEBRE<sup>32</sup>**

Informante: Moguea Doré, estudiante de 13 años. Entrevistado en Lola a finales del mes de mayo de 1951.

Un día, el rey de los animales del bosque, el elefante, se estaba preparando para los funerales de uno de sus nobles parientes.

Antes de nada, convocó a todos sus súbditos. El vanidoso monarca quería que la ceremonia fuera lo más suntuosa posible.

---

<sup>32</sup> En *Contes Kono*, pp. 187-188.

Entre la numerosa asistencia se encontraba la liebre.

Consultados los animales, cada uno de ellos dio consejo al rey, que no parecía quedar nunca satisfecho.

Cuando llegó su turno, la liebre dio un paso adelante y dijo:

–Señor, deberías ponerte tus vestidos más ricos y hermosos. Necesitarás un sombrero como nunca antes se haya visto uno igual. Para hacer esto, me vestirás con tu traje más espectacular y me pondrás sobre tu cabeza. Esto causará una gran impresión entre el público, ya lo verás.

Encantadísimo, el elefante refunfuñó:

–Es una idea excelente, amigo mío. Así que se hará como tú dices.

De modo que, con gran pompa, la liebre se subió sobre la cabeza de su rey, quien, delante del cortejo fúnebre, al son de los cuernos, se puso en camino hacia el lugar de la fiesta.

Al llegar, víctima de su error, el gentío aclamaba a la liebre, mientras que los servidores de la corte ataban al elefante al tronco de un árbol.

Entonces, en el colmo del orgullo, la liebre se declaró rey de todos los animales de la tierra.

Esto fue demasiado para el rey elefante, quien, ofendido en lo más hondo de su corazón, montó en cólera, rompió las cuerdas y persiguió a la liebre hasta el bosque.

Ya nunca encontró la calma después de aquella desventura, y no se cansa desde entonces de arrancar árboles, esperando encontrar a su enemigo, la liebre, escondido en alguno de sus agujeros.

#### **4. LA ARAÑA, LA LIEBRE Y LA PIEDRA SUSPENDIDA EN EL AIRE<sup>33</sup>**

Narrador: Wona Gbamou. Entrevistado en Gbakoré el mes de mayo de 1950.

Un día, *Sîyi*<sup>34</sup>, la araña, tenía hambre.

---

<sup>33</sup> En *Contes Kono*, pp. 255-256.

<sup>34</sup> *Sîyi*, nombre que recibe el personaje de la araña en el folclore *kono*. No olvidemos tampoco, que es un personaje masculino.

Caminaba por el bosque buscando algo para comer.

De repente vio una gran piedra suspendida de un árbol. Sorprendido, exclamó:

–¡*Kolouboukoulou!*

Al pronunciar aquellas palabras, la piedra descendió y le asestó tal golpe a la araña que le partió la cabeza.

*Sîyi* no dijo nada, pero se fue a buscar al antílope. Lo llevó donde estaba la piedra y le hizo pronunciar aquellas mismas palabras.

La escena se repitió. Trastornado por la violencia del golpe que le dio la piedra, el antílope cayó, y ya no se levantó.

Muy divertido. *Sîyi* hizo pasar por aquella experiencia a los otros animales del bosque, pequeños y grandes.

La liebre, mientras tanto, estaba ausente de la aldea.

Pero, apenas volvió de su viaje, la maliciosa *Sîyi* se apresuró a invitarlo también a él a hacerle una visita a la piedra.

Cuando llegaron a los pies del árbol, la liebre preguntó a la araña:

–Entonces, ¿qué es lo que hay que decir exactamente? No recuerdo las palabras.

Acercándose, *Sîyi* le susurró al oído las palabras mágicas.

–No he escuchado bien, ¿cómo dices? –le respondió la liebre.

Nervioso, *Sîyi* gritó:

–¡Te lo estoy diciendo bien! ¡*Kolouboukoulou!* ¡*Kolouboukoulou!*

La piedra cayó de golpe y aplastó a la araña.

Exultante, la liebre volvió a la aldea.

## 5. EL MONO Y LA TORTUGA<sup>35</sup>

Recogido entre los *mano* de Booussou en el transcurso de los años 1950-1951.

Hubo un tiempo en que el mono y la tortuga eran muy buenos amigos.

---

<sup>35</sup> En *Contes Kono*, p. 192.

Pero ya conocéis al mono y sus travesuras.

La pobre tortuga soportaba con buen humor los desprecios de su compañero, así como sus pequeñas maldades.

Un día, su amigo, el mono, la invitó a cenar.

El mono le sirvió un abundante plato de arroz... pero en la cima de una montaña. Subir a la montaña era un esfuerzo muy duro para la tortuga, que le llevaría varios días. Así que la tortuga renunció, y fue el mono el que se comió el plato de arroz.

Cortesía por cortesía, fue la tortuga la siguiente en invitar al mono. Preparó un plato delicioso, pero, antes de tocarlo, le recomendó a su invitado que se lavara bien las manos.

El mono no pudo negarse y fue rápidamente al río, pero cuando volvió, las palmas de sus manos seguían tan negras como siempre.

Fingiéndose estar indignada, la tortuga le rogó que se lavara mejor.

Como el mono no conseguía dejarlas más limpias que la vez anterior, fue la tortuga la que se comió todo el plato.

## **6. LA PANTERA, LA LIEBRE Y LA GRAN HAMBRUNA<sup>36</sup>**

Narrador: Gbassana Doré. Entrevistado el mes de julio de 1950.

La pantera y la liebre eran amigos, vivían juntos y cultivaban el mismo campo.

Tenían, cada uno, el mismo número de hijos.

Pero, después de un largo periodo de sequía, llegó una terrible hambruna que azotó la región.

Como no pudo soportar el hambre por más tiempo, la pantera propuso a la liebre que cada uno de ellos, por turno, ofreciese cada día a uno de sus hijos como alimento.

Y la liebre, a la que atenazaba el hambre, aceptó.

Entonces, para comenzar, la pantera mató a uno de sus hijos, y los dos amigos comieron con gran apetito.

---

<sup>36</sup> En *Contes Kono*, p.206.

Pero, cuando llegó el turno de la liebre, ésta se apresuró a esconder a sus hijos y fue a cazar otros animales, presas insignificantes y sin sabor, que llevaba a la mesa común.

Así, después de algún tiempo, todos los hijos de la pantera terminaron en el vientre de los dos tragones, mientras que la familia de la liebre salió indemne y con buena salud.

## 7. EL LEOPARDO Y LA LIEBRE, SOCIOS<sup>37</sup>

Narrador: Foromo Dana, de origen *mano*, originario de Séringbara. Grabado a inicios de 1971 y transcrito por Mamourouna Gbamou, de la aldea de Gbakoré, en el cantón de Vépo.

*Kô*, el leopardo, propuso un día a *Sôo*, la liebre, una asociación en la que el objetivo sería comerse recíprocamente a sus propios hijos.

Confianza en su astucia, la liebre aceptó entusiasmado.

*Kô* comenzó ofreciendo a uno de sus pequeños para la primera comida común.

En cuanto a *Sôo*, cada vez que su mujer paría, enviaba a sus pequeños con la familia de su tío, haciendo creer a su socio que su mujer había abortado.

Después de muchas experiencias similares, *Kô* empezó a pensar que sucedía algo extraño. La asociación, le parecía a él, no funcionaba más que de un parte.

De mutuo acuerdo, los socios decidieron proceder al bautismo de sus últimas crías.

La fiesta se tenía que hacer delante del patio de cada uno, *Sôo*, desde el alba, se puso a barrer una superficie muy grande. Aquello causó el asombro del leopardo, quien le preguntó:

—¿Por qué limpias un espacio tan grande para una sola cría?

Es porque vendrán muchos invitados para asistir a la ceremonia — respondió *Sôo*. Ahogando sus sospechas, *Kô* tuvo que conformarse con aquella respuesta.

---

<sup>37</sup> En *Contes Kono*, pp. 212-218.

Cuando llegó el momento, *Kô* puso al único hijo que le quedaba sobre una esterilla estirada bajo el porche, mientras que *Sôo*, por su parte, aliñaba sobre muchas esterillas a todos sus pequeñuelos, que antes había escondido en casa de su tío.

Sorprendido por el número de hijos de su socio, el leopardo se puso muy triste, y pasó toda la fiesta rumiando pensamientos oscuros: “¿Qué es lo que puedo hacer?”.

Antes de salir del patio de su socio, *Kô* rogó a la liebre que le enviara al día siguiente a uno de sus innumerables hijos para que le ayudase a trabajar los campos. En realidad, lo que quería era matarlo.

*Sôo* no podía negarle aquel favor, de modo que reunió a toda su descendencia y pidió un voluntario. Fue *Sôoloni*, el más pequeño y el más astuto de todos, el que levantó la mano.

Siguiendo el consejo de su padre, *Sôoloni* se hizo un pequeño arco y unas flechas.

*Kô*, su mujer y la pequeña liebre tomaron el camino que conducía al campo de cultivo que pertenecía a la familia del leopardo.

Impaciente por lograr su propósito, *Kô*, por el camino, le dijo a *Sôoloni*:

—Tú continúa, que ya te alcanzaré yo más adelante. Yo voy a buscar algunas plantas curativas para uno de mis hijos, que no se siente bien. Pero lo que hizo fue esconderse detrás de unos arbustos, desde donde quería saltar sobre el pobre lebrato y matarlo entre sus garras.

Pero el astuto *Sôoloni* había adivinado las malvadas intenciones del leopardo y caminaba con precaución. Cuando llegó cerca del escondite en el que estaba *Kô*, se puso a canturrear:

—¡Mi padre me aconsejaba bien: cuando recorría la sabana con él, hay que lanzar una flecha a cada arbusto de hierba que encuentre, la-la!

Cogido por sorpresa, asustado, *Kô* gritó:

—Cuidado, pequeño mío, soy yo, que estoy buscando entre las hierbas el remedio del que te he hablado.

*Sôoloni* desarmó el arco y todos juntos continuaron el camino.

*Kô*, repitió la maniobra más veces, pero siempre en vano. El pequeño lebrato estaba siempre atento.

De vuelta a su casa, el leopardo concibió otra idea. Por la noche le dio a *Sôoloni* una esterilla para dormir, situada al otro lado de la choza;

después embadurnó a su propio hijo con caolín<sup>38</sup> blanco y, para que estuviera bien seguro, lo hizo dormir entre él y su mujer.

La pequeña liebre comprendió inmediatamente la maniobra, y se puso a pensar cómo podría librarse de aquella trampa tan perversa. Cuando la pareja de huéspedes se fue a dormir, él se levantó sin hacer ruido, se pintó el cuerpo con la arcilla blanca para parecerse al cachorro de *Kô*, lo cogió y lo puso sobre su esterilla. Hecho esto, se deslizó y se colocó entre las dos panteras.

En medio de la noche, conforme a su plan, *Kô* se despertó, cogió un cuchillo bien afilado, se acercó silenciosamente al lecho de la pequeña liebre y... degolló a su propio hijo.

En la oscuridad, sin la más mínima vacilación, llamó *Kô* a su mujer para que hirviera la carne. La tuvieron lista a primera hora de la mañana y, gracias a su disfraz, *Sôloni* tuvo también su parte.

Entonces el pequeño lebrato, satisfecho de que su ardid hubiera salido tan bien, se desembarazó de su revestimiento de caolín y reveló a *Kô* que acababa de comerse a su propio hijo. Acto seguido, se despidió.

Entonces, el leopardo, tragándose su rabia, suplicó a *Sôloni* que no se marchara, diciéndole que no se trataba más que de un simple y lamentable error.

Siempre seguro de sí mismo, desdeñando el peligro como de costumbre, la pequeña liebre aceptó entonces continuar beneficiándose de la hospitalidad de *Kô*, como si no hubiera sucedido nada.

Había llegado la estación de los trabajos campestres.

Decidió hacer una última intentona; el leopardo confió a *Sôloni* la tarea de desbrozar una parcela de cultivo y, al mismo tiempo, ordenó a su esposa que pusiera sobre el fuego una gran olla llena de agua.

A continuación, interrumpiendo el trabajo, *Kô* rogó a su pequeño ayudante que fuese a ver si el agua hervía. Entendió que la mujer del leopardo, escondida cerca del fuego, aprovecharía la ocasión para empujarlo dentro de la olla.

Con mucha prudencia, el lebrato fue a ver, parándose a unos cuantos pasos del fuego. Se subió sobre un tronco de madera para ver el agua.

La misma escena se repitió más veces, y la pequeña liebre fingía que no comprendía bien. Para terminar, con aire inocente, le pidió a la mujer de *Kô* que le enseñara como tenía que hacerlo, y en el momento en que ella se lo mostraba, *Sôloni* la empujó al agua hirviendo.

---

<sup>38</sup> Caolín: arcilla blanca.



Mientras que la pantera se cocía en el fuego, la liebre se colocó sobre su vientre una calabaza y se enrolló un taparrabos, transformándose, de este modo, en una mujer embarazada. Después llamó a su marido.

Sin darse cuenta del engaño, *Kô* corrió, contentísimo de lo que había hecho. Juntos, se comieron el plato con muy buen apetito.

Cuando la comida se terminó, *Sôloni* tiró el taparrabos y la calabaza y le dijo al leopardo, atónito, que acababa de comerse a su propia esposa.

Fue el colmo; incapaz de escaparse como era debido, el pequeño pillo se fue a toda prisa, perseguido por un *Kô* furioso.

Durante aquella frenética persecución, *Sôloni* tuvo que refugiarse en un agujero.

Parándose delante del hueco, a *Kô* se le ocurrió expulsar al pequeño fugitivo mediante el humo. Encargó a una pequeña ardilla trepadora, llamada *louko*, que vigilara, mientras, que él mismo, recogía leña para encender un fuego.

Con sus grandes ojos abiertos, el *louko* vigilaba el agujero, mientras el leopardo estaba ausente... del modo más inesperado recibió un buen puñado de polvo de pimienta en plena cara. Era el pequeño *Sôloni* que, en previsión de lo que pudiera acontecer, se había metido una buena cantidad en sus bolsillos, y que, en efecto, lo había sabido utilizar muy bien.

Aprovechando la momentánea ceguera del animal, *Sôloni* se precipitó fuera, cogió unos cuantos calabacines pequeños, de los que reciben el nombre de *kédoba*, y llenó el agujero, mientras que él se escondió al lado.

A su vuelta, *Kô* encontró al *louko* llorando, sufriendo por sus ojos doloridos; un *louko* que, para tener alguna excusa, contó al leopardo una historia inverosímil. Este último ni siquiera lo escuchó, y se puso inmediatamente a encender el fuego delante del agujero, esperando desalojarlo de su ocupante.

Encendió el fuego soplando vigorosamente, y luego las cáscaras duras de los *kédoba* comenzaron a estallar, haciendo un ruido que el sanguinario *Kô* tomó por los gritos de agonía del pequeño prisionero. Lamiéndose el hocico, se dijo: “¡Esta vez, maldito pequeñajo espabilado, tendré por fin tu piel! ¡Te has divertido demasiado conmigo, hoy caerás en mi sopa!”.

Después, convencido de que su víctima ya había muerto asfixiada, quitó las cenizas para sacarla del agujero, pero justo en el instante en que metía la cabeza por el hueco, el ágil *Sôloni* surgió de su escondite

y, con un golpe violento, empujó al malvado *Kô*, quien, ya sin ofrecer resistencia, se precipitó dentro del agujero con un grito de terror.

La pequeña liebre no perdió un minuto. A toda prisa tapó el agujero, echó ramas secas, encendió el fuego otra vez y esperó a que su enemigo pereciera asfixiado por el calor y el humo.

Así fue como terminó, miserablemente, toda la familia de *Kô*: los hijos degollados, la mujer hervida y el padre asfixiado; gracias a la sagacidad del débil y pequeño lebrato.

Éste se encontró sano y salvo con su familia, y les contó la historia detallada de las aventuras que había vivido en el campamento de *Kô*. Recibió, por su coraje, las felicitaciones de su padre, *Sôo*, y la admiración de todos sus hermanos.